



de OTRA MIRADA

de Angels Soriano



DE OTRA MIRADA

DE ÁNGELS SORIANO

© 2006. **Ángels Soriano**

Todos los derechos reservados.

© **Portada diseño Íttakus (www.ittakus.com)**



Edición cortesía de www.publicatuslibros.com quedando rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra sin expresa autorización de su autor/a.



DE OTRA MIRADA

ÍNDICE

LA BAILADORA DE TANGOS
LA LEYENDA DE LAS ROSAS
HERMES ARMADO
EL BARCO DE AGUA
LA PRIMERA NEVADA
NOMBRES DE AGUA
LA DIOSA DEL TIEMPO
LA VENTANA DEL ATARDECER
LA SONRISA DEL HADA
CAFÉ PARAISO
LA COLECCIONISTA DE RECUERDOS
SIETE SEGUNDOS
EL SUEÑO DE ÁFRICA
LA AMAZONA DEL BOSQUE
LLUEVE
LA REINA DE LAS SIRENAS
EL MURO
EL CAFÉ DEL BARRIO
365
EL SILENCIO DEL CAFÉ
La autora

LA BAILADORA DE TANGOS

En el centro del salón se ubicaba con los ojos cerrados. Su cuerpo estaba cubierto por una gaseosa tela negra, de múltiples formas, según se acoplase a su cuerpo; dibujándolo de forma sensual, mostrando intuitivamente todo aquellos, que mostraría solo a los ojos elegidos. Desde el suelo, como florecientes enredaderas engarzándose en sus talones primero, en sus piernas después; subían los cordones que enlazarían sus tacones de aguja, convirtiéndose en zapatos negros de belleza extrema. Sus pechos quedaban perfilados detrás de un corsé entallado, mostrando un escoque discreto y elegante, como toda ella. Era misteriosa y radiante, de melena morena, con agradecidos rizos, que le otorgaban un aire de edad indeterminada. Detrás de esos parpados, se descubrirían unos ojos cálidos y suaves, embrujadores para los mortales que se acercaban a ellos con cierto temor. Ocultaban más de lo que mostraban, invitaban al viajante elegido, a comenzar el viaje de los secretos, revelados en instantes eternos...allí permanecía todavía sin movimiento, con los parpados cerrados, repasando mentalmente cada gesto que mostraría a los otros ojos en instantes posteriores.

Cogió a su pareja, el tango es un baile de dos, que por obra de magia, se transforman en uno sólo. El baile más perfecto y sensual del mundo, un arte misterioso, como se convierte el arte amatorio en determinados momentos. Allí estaba ella, cogida a su pareja, pasando la mano por la espalda, con leves caricias marcaría los giros precisos, en el momento adecuado. Comenzaban los acordes del tango, letras rasgadas que cuentan amores imposibles, ausencias repletas de añoranza, amores correspondidos,

deseados, adormecidos por el propio tiempo, que como un bucle rizado, se alargaba eternamente...todas las letras en una sola palabra, miles de historias contadas, por una voz aterciopelada, por voces rasgadas, elegidas con la misma finalidad: conmover a los expectantes observadores, alentar a los desconsolados soñadores.

Con las primera palabras, la bailadora de tangos, deslizaba sus piernas con pausados movimientos, con gestos que transcendían más allá de la música, más allá de las palabras citadas, recitadas de otros...era palabra en movimiento, amor deseante que se fundirá en la mirada, de esos ojos que la observaban, pensando que era única, que era el sol que iluminaba los días desde la distancia.

Giraban a la derecha, giraban a la izquierda, con movimientos geométricos, mientras la voz aterciopelada decía lo lejos de su ausencia, con el tono rasgado cuando el nombre resonaba en la sala, y las notas del acordeón, se clavaban en el corazón cuales palabras engarzadas en la memoria, y es que todos amamos en los sueños de los demás, en los nuestro mismos, buscamos incansablemente, esa mirada que nos otorgue el ser únicos en un instante sin tiempo.

Enlazaban sus piernas de forma rítmica y geométrica, la perfección del movimiento, se acercaba en instante sublime, la finalización del juego, de las miradas, de los sentimientos aflorados, entregados a la vista de esos ojos que sabía que la observaban, que la amaban desde la distancia, en ese instante cerrando los ojos encontraba la mirada deseada, la amada, quién descubriría los secretos de las palabras en movimiento...Y allí estaba, en el centro del salón, con los ojos cerrados, vestida de negro, con la sonrisa

iluminando su rostro. Ella era la bailadora de tangos, de palabras en movimiento.

LA LEYENDA DE LAS ROSAS

“Las personas como las rosas, nos ofrecemos como somos, frágiles, bellas, con todo lo que llegaremos a ser. Quien nos quiera bien, nos dejará sin coger; dándonos vida.”

Cuenta una leyenda procedente de Hispanoamérica, que en tiempos inmemorables, los dioses eternos y creadores de todo lo que nuestros ojos pueden hoy observar, aburridos de una cierta rutina; crearon una bella flor, de fragancia extrema y belleza sublime, de suaves pétalos aterciopelados, de múltiples colores, tantos como los que esos mismos dioses pudiesen pensar, crear.

Las flores recibieron el nombre de rosas, ya que con su nacimiento iban agrandándose, regalando a los dioses creadores, una fragancia indescriptible que perfumaba sus días, como sus noches. A lo largo de los caminos, transitados por los elegidos, se desperdigaban para continuar ofreciendo todas las cualidades que los creadores les habían atorgado, la fragancia que recordara la belleza de una ausencia, el color para recordar esos labios que en algún momento se besaron, la forma frágil y perfecta, simétrica que en esencia buscamos, y esos pétalos terciopelados que son como caricias de la piel que intuimos, que soñamos. A los creadores, solo a ellos se ofrecían como señal de su agradecimiento.

Llegados un día, en el que los dioses se aburrían, pensaron en crear a un nuevo ser, que como ellos se comportase, a su semejanza, pero sin sus virtudes, sin su inmortalidad, sin su eternidad; dejaron al hombre en ese paraíso, que durante tiempos remotos habían ido poblando de seres.

El hombre, desconocedor de todo lo que le rodeaba, comenzó a comportarse como a su entender le parecía, caminaba por los largos caminos, beneficiándose de múltiples regalos de los dioses, sufriendo las decisiones de ellos. El hombre, observando a las bellas rosas, con su fragancia extrema, y su singular belleza, no pudo contener sus deseos y de los caminos las cogía, observando como días posteriores se marchitaba falleciendo inevitablemente.

Las rosas, asombradas de los actos del hombre, se reunieron en una asamblea, ya que casi estaban desapareciendo, algo tendrían que hacer para que no terminasen con ellas; por mas que pensaban no surgía una buena idea. Una joven rosas, que apenas había comenzado a abrirse, comento que si en ellas aparecían espinas a lo largo del tronco, posiblemente, el hombre no las cogería...desde ese momento las rosas para protegerse a si mismas tienen espinas, desde entonces, el hombre las mira sin cogerlas.

HERMES ARMADO

Encogido con su arma al hombro, lanza miles de dardos a los otros diferentes; aquellos que lo han nombrado embajador mítico. Dispara palabras conjugadas, envuelto de una luz metálica, roja, azulada por momentos.

Desde diferentes ángulos, lugares, el héroe de los dioses ejerce su trabajo remunerado (con aplausos, sonrisas y voces que le acompañan) con euros, que en entrevistas destierra a esos países mal llamados olvidados, a los desheredados del mundo...es su trabajo elegido, fácilmente alabado.

Hermes canta palabras que alientan y alimentan a un auditorio, lleva a sus espaldas una guitarra... ¿y si todas las armas fueran como esas?

Las guerras serían tan infames como las que batallan en estos momentos, tantos maltratados, desterrados, fantasmas y ausentes como hoy en día. Todo sería tan cruel para unos como para otros. Guerras con ejércitos de notas arrítmicas luchando con notas rítmicas, graves contra agudas. Una orquesta desafinada...

En definitiva daría igual. Seguirían siendo armas y guerras, la armonía también se convertiría en cuestión de creencia.

Ahí sigue Hermes, emisario de los dioses, el portavoz de todos nosotros que no tenemos voz para guiar, pero sí para llenar la calle, para gritar desde la última fila, que todo puede ser diferente si así lo deseáramos. Para acompañar sus canciones, que nos dejan menos solos en algún momento de nuestra vida, da igual quien sea Hermes, lo somos todos.

Y ahí sigue, como un soldado nuestro, encogido por el sentimiento, con los brazos casi abiertos, cerrando los ojos, pasando del mito de los otros, a la

luz cegadora que los oculta... ya solo es un hombre que paga sus facturas como nosotros.

EL BARCO DE AGUA

El agua a ser atravesada por los últimos rayos del sol formaba un pequeño arcoiris, recordándole otras tardes lejanas ya en la memoria.

Había ido cerca de la mar para recuperar una tranquilidad perdida en las horas previas. La vida nunca es justa, repetía insistentemente, como si fuera un pequeño martillo que golpeaba su pensamiento. Llevaba un buen rato andando, sin una dirección aparente, sintiendo la brisa golpear su cara, arremolinar sus cabellos... respiraba apresuradamente, como si sus pulmones quisieran tomar todo el aire que le había faltado durante la discusión. Lo único que deseaba era olvidarlo todo, todas las palabras; ¿Y si éstas no existieran? No las oiría, se inventarían otros mecanismos para nombrar a las cosas; para herir a los que nos rodean.

Andaba en línea recta, al borde de la mar, llenando sus zapatos de arena, la cual le costaría quitarse. ¡Y qué más daba! Comenzaba a estar harto de tener constancia de todo lo que le rodeaba: ¿Dónde quedaba todo? ¿Qué importancia podía tener un poco de arena en los zapatos? ¿Por qué continuaba haciéndose preguntas de difícil respuesta, de absurdas respuestas?

El murmullo de las olas, del agua tenía la facultad maravillosa, casi mágica de tranquilizarlo; no siempre podía gozar de esa situación, pero él se marchaba a andar, buscando su lugar en el mundo, buscando el camino por donde continuar.

Solía mirar hacia el suelo. Allí no tenía que tener cuidado con tropezarse con nadie. La gente permanecía en el paseo, solo grupos de jóvenes estaban en la arena, aprovechando que el buen tiempo comenzaba, y

el día regalaba más horas de luz, como concediéndolos el don más preciado del universo, aquello por lo que todo comenzaba, vivía, existía. Más luz.

El hombre había intentado alejarse de todo lo que no quería asumir, pero todo era una huída hacia delante, sin salida aparente: empeñado en encontrar una solución. Miró hacia el horizonte, el azul del agua; más calmada durante la primavera que durante los eternos días de agosto; se confundía con el pálido del cielo. Recordaba esos días maravillosos en los que el azul deslumbra por su intensidad. Quería volver a sentirlos, a verlos, volver a un tiempo que sin duda era ausente.

“La vida no es justa”. ¿Qué quería la vida de él? ¿Qué esperaba él de ella? Cerca del paseo, en el interior, había una fuente. Su agua fluía de forma acelerada, con fuerza incluso; la leve brisa le hacía llegar minúsculas gotas de agua fría, recordándole que aún era pronto para un baño, para un verano.

Desde la lejanía la imagen era perfecta, el arcoiris como vela, y la quilla tan solo un hierro. Un barco de agua tan sencillo y sorprendente a la vez, un elemento formado por lo que debería ser su medio. Uno y otro eran igual, él lleno de preguntas como es la vida.

Se sentó hasta el anochecer, contemplando el barco, hasta que el sol se ocultó, apagándose la vela, restando adormecido hasta el siguiente amanecer.

Un hecho tan cotidiano le devolvió la tranquilidad perdida, con el silencio, el equilibrio desterrado. Había encontrado el barco que le conduciría a su mar de serenidad. Las Ondinas olvidadas, lo tratarían como al viejo rey

desterrado. Todo en ese mundo era posible. Allí él, era la luz generadora de vida. Su mundo interior.

LA PRIMERA NEVADA

El destino trajo la primera nevada a la puerta de la casa como una noticia nueva. Sin pensarlo, tan solo sintiendo que los copos de nieve eran algodones formados en ejércitos salvadores, portadores de sonrisas, de intuiciones, de palabras etéreas; como si en alguna ocasión hubieran sido personas vivas; eran palabras reflejadas, virtuales, más allá de las miradas transparentes que admiran, devoran, muestran más de lo que dicen. La primera nevada que sorprendía a extraños en lugares propios, a esos mismos lugares siendo escenario de únicas miradas. Todo parece adormecido, mientras los copos arropan a los lugares.

Los silencios pasean acompañándonos en esta noche de horas trastocadas, nos guía por los montes verdes intensos, por las casas cálidas del barrio viejo, esas que ven el atardecer de agosto, con las medianoches jugando en el cielo, escondidas detrás de las nubes. Desde sus ventanas altas se refleja el mar de aguas tranquilas, es el sonido del silencio que juntos navegan.

Y la tenue luz anaranjada, casi palpable, de textura indescriptible, alienta a los corazones viajeros, a esos andantes eternos que no descansaran sus cuerpos en las realidades; sino en los sueños, porque ya han descubierto las verdades de las vidas futuras, de las que vendrán con las múltiples apariencias invisibles...y sí, son los ojos transparentes que reflejan el agua de los mares del norte, sí, es tu sonrisa quien guía los vértices del tiempo que cae sin pausa, que logramos detener al coger cada vértice entre los mundos que imaginamos... aquél que detenemos en una fugaz mirada apresada, cuidadosamente construida, mostrada, cual presente silencioso, a otras miradas ausentes....y sí, soy la sombra del sol de media noche, soy el mar que

golpea en la arena, soy el silencio que pasea, el árbol que envejece en invierno, la madera de la casa del puerto, la roca de la fuente helada por la mañana... soy la luz sonriente de tu rostro, al disfrutar de las palabras que otros soñaron, que otros dijeron, más allá del instante... aquí, ahora que miras lo que yo he mirado más allá de los ojos transparentes, más allá de la mirada viajera, tras la primera nevada.

NOMBRES DE AGUA

La lluvia caía de forma constante, sin mojar apenas; la brisa del mar acrecentaba la sensación de frío fuera de temporada. Una mañana de sol habían ido a buscar los desterrados, a pesar de todo, la mar estaba tranquila, el sol se había ocultado tras las esponjosas nubes, levemente grisáceas. Era un día para pasear por la playa, que minutos antes había estado rebosante de familias, de padres con hijos que vuelan las cometas, de jóvenes parejas de distintas combinaciones, de aquellos que buscan su camino; de los que obtienen las vidas vividas gustosamente, que buscan el sosiego de un banco, la vista tranquila del horizonte; la sal de la vida como la el mar, eterna compañera de viajes infinitos.

La lluvia caía, mojando poco a poco la arena yerma de pisadas, los niños habían sido recogidos y puestos a cubiertos; todo se hace en la vida, por aquellos que son de ti mismo, los valientes viajeros de quiméricas ilusiones aun paseaban, deseando y esperando encontrar las gotas exactas para desistir de su viaje, las pocas mesas desoladas empapaban sus manteles de papel raídos por los comensales saciados. Era la estampa perfecta de la amante eterna.

En el horizonte, el mar se perfilaba como el espectador único de la escena de los mortales, él perduraría más que los cientos de paseantes, enamorados, solitarios, maridos, mujeres, hijos o simples amantes que lo habían visitado minutos antes. Él daría, a través de sus olas, miles de guijarros tallados milimétricamente, horadados por la fuera de sus aguas, objetos de eternas fantasías, de sueños elegidos, de decisiones tomadas por la simple razón del destino. Él era el dueño del tiempo y de la vida, de la muerte

sucumbida en otras aguas, de lugares remotos. En aquella playa, solo daba recuerdos en ese mismo instante que el cielo vertía, atravesando la memoria de los despojados de la luz, de los viajeros eternos.

Los recuerdos se agolpaban directamente entre la mente y el corazón, entre la ilusión y la desolación, en aquel mismo instante una gota trajo su nombre desterrado, como si fuese un viejo mosaico desteñido y malherido. Su nombre recordó olvidados paseos, viejas conversaciones de infinitas tardes, tazas de café en los mismos bares, recordó el nombre olvidado, forzosamente olvidado por el propio destino.

En un viejo restaurante, cinco amigos tomaban en sus manos la copa de vino, mientras la playa recordaba el nombre de unos de ellos, el ausente en futuras comidas, en futuras reuniones.

Y la mar era la dueña de aquel espectáculo, el mar era el dueño de sus vidas, de sus ilusiones y fantasías, de sus destinos decididos por piedras preciosas, mágicamente talladas.

LA DIOSA DEL TIEMPO

El sol se ocultaba detrás de su espalda tiñendo de un anaranjado violáceo el cielo que la observaba. Sentada, sin dirigir la palabra a nadie, estaba en la arena, mirando al horizonte, mientras bajaba su mirada en largos periodos de tiempo hacia un bloc, unas hojas, que apoyaba entre sus piernas. Dibujaba de forma acelerada, sin preocuparse mucho de los pequeños detalles, aunque solo era el pensamiento de quien la observaba en la distancia, pues los detalles serían leídos a la perfección; en otros momentos.

Yo desde esa distancia perfecta, guardaba sus movimientos, pensaba en qué podría estar pensando, miraría a sus sueños, aunque los ojos los tuviese abiertos, miraría a todo, mucho más allá del horizonte proyectando las imágenes que deberían ser realidad en el pasado, en el presente, en el futuro. Sin perder el paso lento y pausado, quizá para no ser descubierta; me acerqué a ella para sentarme a su lado, sin decirle nada más que una cortés pregunta, pidiéndole amablemente si podría acompañarla en su viaje al atardecer.

Sin mirarme a los ojos, comento que se tendría que marchar pronto, que el tiempo no era lo importante, aunque era libre de estar allí si así lo deseaba, nada me retenía, ni nada me impedía mirar ese mismo horizonte, coger otros granos de arena entre mi mano; para mí, serían siempre otros. Al terminar sus palabras se levantó rápidamente, de un solo gesto elevó su cuerpo, dejando caer entre mis manos aquel dibujo que había estado trazando momentos antes. Descúbrelo, y quizá allí el tiempo deje de existir.

De forma pausada, pero firme comenzó a andar por la orilla del mar, las olas vertían múltiples objetos de vidas pasadas, piedras que en algún momento habrían sido mágicas para inocentes mortales, conchas y guijarros

horadados magistralmente, tesoros de piratas sin barco, capitanes de grandes naves de sueños.

No sabía el porqué, la razón extraña que me llevaba a seguirla, a gritar su nombre desconocido, mientras miraba el leve esbozo de un lugar indeterminado. Comencé a andar tras ella, acelerando el paso para saber si era posible alcanzarla, pero mis esfuerzos eran en vano, siempre estaba a una distancia semejante. Andaba mientras intentaba vislumbrar el lugar que representaba aquel esbozo, aquel croquis de un lugar llamado paraíso, si era cierto que en él, el tiempo dejaba de existir. Se intuía un acantilado, donde rompían las olas, levemente tranquilas en ese momento capturado. Un lugar tan desconocido como lejano.

Sin apenas darme cuenta, nuestra musa del tiempo se detuvo para sentarse en un tronco que había arrastrado la mar, un tronco robusto y grande, algo misterioso y extraño para aquella playa desierta y simétrica. Se sentó a esperar que con mis pasos llegase a su orilla. En ese momento, sin bajar la mirada afirmó, ves, sin darte cuenta has encontrado el lugar, has visto este acantilado y lo has bajado sin peligro alguno, mira ahora el nuevo horizonte, disfruta de él como si fuese la primera vez que lo observas, son tus ojos quienes descubren los sueños. Miré a mí alrededor y el dibujo se había transformado en un escenario vivo y colorista; en el papel que cogía aun en mi mano, se mostraba intacto, blanco, como sino hubiese dibujado nada nadie.

Mira, fíjate bien, me dijo la diosa, el tiempo aquí no existe y entonces comprendí que los años habían sido días; los meses tan solo segundos; y las horas instantes sin llegar a ser medidos, medidos por el hombre .el lugar no era quien otorgaba ese deseo, ese regalo de los dioses, era ella ella, la

diosa del tiempo quien me había regalado tal maravilloso día, la eternidad sin tiempo.

LA VENTANA DEL ATARDECER

Por el este, el sol se ocultaba tiñendo el cielo de colores jamás admirados; violáceos presentados en un otoño lejano, amarillos pajizos desconocidos, anaranjados recordatorios de unas tierras lejanas, próximas al corazón, como si de un desconocido conocido se tratase, siempre distante pero con un misterio entrañable que te reconforta...desde aquella ventana cada tarde el sol iluminaba su cara, sus ojos que embrujados por palabras geométricas, por sentimientos alejados, la conjuraba a estar allí... de alguna forma se había ido acostumbrando a la belleza del momento, a la magia del instante; cercenando tanto su rebelde espíritu que ya ni miraba al horizonte, nada quería buscar, nada deseaba encontrar... La rutina todo lo daña, incluso a la propia admiración.

Y allí, desde aquella ventana en el silencio de los momentos, leía las palabras con su propia voz, la propia sonrisa se dibujaba en el perfil de la orilla, como si a su lado se encontrasen aquellos que nos alientan con canciones, recuerdos, balanceados por el sonido del mar...sin tiempo, el sol ofrecía una hora más de su existencia, regalando a los mortales parte de su inmortalidad. Sin margen, sin temor a ser amado, ofrecía una hora más de vida; la luz se difuminaba como se marchan los segundos...desde aquella ventana al atlántico el mundo parecía otro, desde aquella ventana, los silencios dejaban de ser silencios, para reír como el alma no lo había hecho en tiempo, como la sana risa de un niño que admira el mundo sin prejuicio alguno: volver a creer que la realidad es una ficción, como en las películas en blanco y negro, como en las buenas canciones de nostalgia, como en los sueños planificados, volver a creer en las palabras de los adultos porque son las únicas que escuchas,

volver a creer por ser la verdad del momento, como un niño, pero más sabio, más inocente...

En ese preciso instante, en el que el cielo y el mar son amarillos como un beso de dos miradas distantes, como el atardecer desde tu propia ventana, mirando como tu luz se convierte en la luz reflejada de esa pantalla, de ese mar que abraza a todo aquel que le da vida. El atardecer dibuja bellas sonrisas a los expectantes viajeros que beben vida de él, tras sus días, tras sus noches eternas, tras el cansancio, miran más allá de las palabras, conociendo, admirando los pensamientos, las sonrisas, las canciones que otros ofrecen como cantos de sirenas, la inocencia del niño que todo lo devora deseoso; las únicas pinceladas de mágicos colores, que nos llenaran de tiempo, de sonrisas, de calma... de todo aquello que nos roba la rutina, de admiración al instante, al tiempo, a las palabras, a las miradas de los otros que nos alientan, nos alimentan el corazón...desde la ventana del atardecer, solo desde allí, el instante es tiempo eterno.

LA SONRISA DEL HADA

Tras los parpados cerrados, el bosque renacía en un instante, los frondosos árboles de gruesos troncos emergían como la espuma del mar, donde ocultabas tu cuerpo a las olas. En ese bosque de tradiciones mágicas, las hadas ejercían su magia. Esa misma magia que mueve el mundo sin sentido aparente, sincronizando las casualidades cotidianas, para que no olvidemos nunca, que la felicidad es tan frágil como la sonrisa de un niño. Es sonrisa que surge al ver otro, esa que dibujas en tu espejo cada mañana al descubrirte como no eras ayer. No somos, solo aprendemos a ser en el silencio de la tarde; cuando el sol de verano calienta la arena y los cuerpos que se tumban en ella. En ese instante que el tiempo parece detenerse en tu ser, otorgándote la posibilidad de volver al bosque. Al bosque más cercano a tu corazón, ya que tan sólo allí, se encuentra el hada que habita en ti.

Ese mismo bosque que recorres en tu mente, mientras paseas por la ciudad desconocida, parcelada en recuerdos de días breves. La ciudad que reconstruyes como un puzzle de mil piezas. La paciencia es la fotografía de la vida que vives. En tu camino te acompañada letras de canciones que pellizcan tu corazón, que te devuelven otro recuerdo más, ese que conservarás para salvar los días de invierno, o para mañana, para cualquier momento en el que tus pies parezcan de barro, cuando desearían poder volar.

Y tu cuerpo recuerda sin pensar, lo hace sintiendo, que la sonrisa del corazón es el alimento de las hadas, de esas hadas que conociste en tiempos lejanos. Déjate guiar por su fuerza, porque de ellas aprendiste a vivir más allá de tu propia vida, a sonreír en la mirada de esos diminutos ojos que siempre te persiguen, y siempre te admiran. Sientes su compañía, porque sabes, que en

tu mirada se encuentra la mirada del hada que emerge en ti, en los días de colores grises; es esa voz que entre los colores del amanecer te susurra al oído, cómo será el nuevo día, las vivencias que vendrán. Déjate embargar de la valentía de las hadas, esa que te hace afrontar nuevas situaciones, sin saber como se resolverán.

Ellas, aunque vulnerables, siempre tienen la sonrisa de sus rostros con las que reparan las heridas. Es esa misma sonrisa que te devuelve el espejo por las mañanas, la sonrisa del hada que en ti habita.

CAFÉ PARAISO

No había ruidos, una cálida y suave voz de mujer envolvía la estancia, era música de los años veinte, y sin tiempo te encontrabas en un elegante club en blanco y negro, rodeado de pequeñas mesas, habitadas por parejas, a lo sumo tríos, que comentaban, conversaban, mientras la tenue luz los iluminaba. El foco del escenario seguía las notas de la cantante vestida de negro, sentada en un taburete sin movimiento, para darle ese tono de sosiego necesario a las letras; todo parecía un sueño, la imagen perfecta de vidas pasadas.

El color cálido de las paredes, difuminado por la luz, dulcemente tratada, se desvirtuaba como si de una extensa playa se tratase, solitaria y bella, expectante a ser descubierta, a ser pisada por los pies descalzos del paseante perdido, a ser amada y deseada, reconfortante para el viajero, para el aturdido desconsuelo, a fundirse con el agua, madre del universo.

Las luces del exterior, como pequeños puntos de vida, brillaban intermitente y constantemente, la luna vigilaba el firmamento destelado, todas habían caído a la tierra desprotegida, contemplada desde el café paraíso.

Desde allí, desde el paraíso terrenal, se contemplaban las estrellas, linternas de otras vidas, de otros nombres desconocidos que vivirían paralelamente a la existencia de los elegidos, sin nombre, sin reconocimiento, con vidas elegidas, soñadas, asumidas o condenadas, qué más daba, todos poseían una linterna descolgada.

La voz aterciopelada insistía en notas acordes, acompañada por un saxo en ocasiones; las palabras se mezclaban entre las reales y las irreales,

un sentimiento de sosiego les invadía a los náufragos de cada isla, de cada mesa estratégicamente colocada.

El mundo restaba fuera, a través de las ventanas de aquel mirador, desde la altura el mundo parece otro, tan diferente, tan distante que nos podemos permitir soñar que somos alíenos a él, extraños en un club, en un café paraíso donde reconducir la vida, nuestra vida. Fuera del útero maternal, fuera de la ventana, el mundo giraba con miles de seres semejantes, desconocidos, ajenos al momento, pero nada importa si con una voz pudiésemos ser náufragos elegidos.

El mundo quedaba fuera, la vida estaba allí delante de los ojos, delante de las manos.

LA COLECCIONISTA DE RECUERDOS

La caja, como si fuera un baúl, una memoria engarzada, ordenada con más de un cajón del escritorio del alma, como si fuera su propia alma; ahí es donde los recuerdos era custodiados de forma aleatoria, de forma insignificante, sin orden... todo quería recordarlo para volver a sentir esas dulces sensaciones, las palabras precisas de ese otro que nos mira pensando que somos únicos.

En aquella caja que tras años de vida llevaba consigo, conservaba los días gustosamente vividos, consumidos como si cada instante fuese el último que tuviese, para volver a sentir las extrañas sensaciones compartidas, en los momentos de ausencias palpables, eran los parapetos amables. Era el resorte que salvaba al alma de la locura del tiempo. El recuerdo para poder ser eternos, cual dioses más mortales que nunca.

Objetos de diversas formas, colores y utilidades en una vida milimetrada, se habían llenado de esplendorosa luz, de sonrisas fulgurantes, miradas licuantes, besos robados de un ascensor, de ilusiones por cumplir que se cumplirían, otras que solo fueron sueños, cada objeto, cambiaba de nombre, de esencia al ser introducido en aquella mágica caja de la memoria. Billetes de metro, por la pura aventura de una gran ciudad, ticket del viejo cine, donde la compañía era la película, servilletas de bares, donde el café era más que un ritual, tarjetas, guijarros, conchas de la playa de aguas cristalinas donde retomar la paz del alma, donde sentir el silencio del recuerdo.

Objetos nombrados por otros como si fueran un diccionario, una pura definición, carente del sentido, del verdadero significado que aquella caja, aquella coleccionista le había dado.

Sin orden ni razón, en algún momento extraño el objeto dejaba de ser objeto para pasar a ser el recuerdo, la memoria sensible de aquel efímero instante, que la coleccionista se empeñaba en hacer eterno, sin tiempo, sin ausencias, sin nostalgia de lo pasado...aquella caja le llevaba a momentos vividos y los no vividos a plena luz, a los soñados con los ojos abiertos, más allá del horizonte en los atardeceres de verano, más allá de todo lo establecido, donde el recuerdo es vida, donde el otro espera la llegada del que partió.

En ese preciso instante, una voz nombraba por siempre la nueva identidad del ser que como habitante nacido entraba en ese mundo, convirtiéndose en parte de la coleccionista de recuerdos, en serviles vasallos de la reina del país. Los ordenaría a través del corazón, enviándoles a infinitas batallas de sentimientos de añoranzas, a interminables guerras de ausencias, que poco a poco, el mismo tiempo recompensaría; con derrotas y con victorias. Los desterrados, que en algunas ocasiones eran renombrados, salían de la caja de cartón rojo raído, arrastrada, consumida, acariciada y deseada, como la vida misma había tratado a la coleccionista de recuerdos.

Al atardecer, nuestra coleccionista, se sentaba al lado de una joven que leía tranquilamente en un parque de la ciudad. La coleccionista, como cada día que se encontraba con ella, dejaba que los propios vasallos tuvieran el don de la palabra, para que a través de ella contasen, su propia historia, su propio encuentro ...las infinitas historias de los múltiples objetos, al ser narrados, al tener voz, perdurarían en el recuerdo de la joven...vivirían a través de ella, en una nueva caja de cartón...no sólo lo que no es nombrado, no es vivido; sólo puede ser olvidado... cada día la coleccionista, como si de la diosa del tiempo se tratase, daba la inmortalidad a unos cuantos objetos.

SIETE SEGUNDOS

Como cada día que la rutina semanal le concedía, se sentaba en la terraza de aquel jardín urbanita, abismo de cemento engullido por la naturaleza, bullicio parapetado de motores incansables, de vidas aceleradas por un reloj de pulsera ceñido al corazón, el tirano placidamente elegido, asumido sin más.

Allí, en ese paraíso entre lo urbano, se sentaba para comenzar a leer el periódico, como si su lectura le fuera a conceder una calma más extrema...el silencio de los indefensos, la sirena de los poderosos, la mirada perdida, de quienes miran más allá del mar que los aparta de la ilusión de muerte, la justificación de los que creen en la sin razón, en la fe justificada...el silencio interior, al final era la solución de aquellas mañanas.

Miraba a su alrededor, a través de las gafas de sol, que le daban esa cierta impunidad de quien mira sin querer ser observado, creyéndose que la seguridad de su mirada no era entendida. Jóvenes parejas de semejante edad, tomaban también el café de la media mañana, acompañados por sus hijos pequeños, que desde una distancia prudente, vigilaban; un pequeño grupo de señoras mayores que se reunían para conversar, para planificar la próxima salida al teatro, para averiguar donde podrían viajar en el siguiente invierno...

Era extraño, como se iba creando una cierta familiaridad entre aquellas personas que optaban por esa misma cotidianidad, desde su mesa también solitaria, daba las gracias al camarero por el té que le acababa de dejar en la mesa. Estaba en la que quedaba escorada hacia la derecha, le gustaba porque desde ella podía mirar quien llegaba y salía del jardín, cada

vez que levantaba su vista del libro que llevaba consigo. Hacia las once y media solía llegar a la cafetería del jardín, primero lo atravesaba andando, mirando como los árboles se habían rendido a la primavera, llenando el suelo de un manto violáceo...era el tributo a la continuidad. Miraba como los restantes parecían absortos en sus propias vidas, mirando a los pequeños que jugaban en la otra parte, aquellos que leían de forma extraña de periódico, quienes miraban sin mirar, buscando una mirada que les salvase de la rutina elegida, agradablemente soñada durante la semana; una mirada reconocida que en siete segundos nos llevara donde jamás habíamos estado cerrando los ojos...en las altas montañas, donde el silencio es tan sonoro que rompe el alma, en los mares más profundos de tesoros hundidos por los viajeros míticos, en las serenas noches de besos robados, de deseantes deseos cumplidos en los instantes de otros...en las miradas de los otros que nos reconocen.

Detrás del color azul cerraba los ojos para sentir con más intensidad el sol en su rostro...estaba en otros tiempos, en otras edades remoderando esa misma sensación en rasgados veranos, en futuras visitas a mesas compartidas, donde miraría el libro que leía, donde con una sonrisa, custodiaría la alegría del inocente...a infinitas caricias que alentarían el corazón de quien nos devuelve la mirada...en siete segundos, sentiría el beso robado de la mirada perdida...el frío de aquel que nada en la noche helada, el miedo del que se oculta a pleno día, la locura del ganador, la mentira de quien con su poder traiciona al semejante... una sonrisa se mostraba delante suya...siete segundos para atravesar la noche helada, silenciar las eternas sirenas, dar consuelo al errante viajero...no podía nada más que devolver la sonrisa en compañía de un simple buenos días, mientras se acercaba a esa mesa

escorada a la derecha, mientras mantenía su paso hacia la salida...detrás de sus gafas azules reconocía esos ojos que por siete segundos eran los de otros sin nombre.

EL SUEÑO DE ÁFRICA

Estaba sentada en una mesa redonda escorada hacia la izquierda de la sala. Una sala amplia la del club social de la ciudad, adornada con guirnaldas de colores, y farolillos de fiesta, en las mesas una vela perfumada que localizaba los lugares como si fueran estrellas de una playa desierta. La música de la orquesta amenizaba la noche, mientras que ella seguía esperando que el camarero le trajera algo refrescante; hacía demasiado calor, como para intentar aceptar la invitación de cualquier joven a bailar. Con la mirada y una misteriosa sonrisa, rechazaba amablemente el baile. Miraba hacia otro tiempo, hacia otra vida quizá paralela, donde solo fuera una joven de diecisiete años, con una aire de misterio insoldable, una sonrisa perfilada que iluminara su rostro, adornado todo con un elegante cuerpo que se dejaba intuir tras el traje de fiesta que tan minuciosamente, las manos expertas habían entallado a su pequeño cuerpo.

En esa mesa que quedaba vacía instantes previos, decidió sentarse para fumarse un cigarrillo que apenas degustaría, estaba cansada para apreciar ese sabor que había descubierto tiempo atrás. Incluso siendo una niña aún, y no era que ya fuera mayor, aunque ella sí se sentía así, y eso era lo que importaba. Miraba hacia el horizonte, sin concretar la vista en ninguna de las personas que esa mañana estaban en el club social, andaban de acá para allá, mientras tomaban un desayuno rápido, mientras tomaban algo que quitara el sabor amargo de los excesos de la noche anterior, intentando organizar los siguientes actos del día, eran las fiestas grandes y no existía el cansancio de uno; el momento era lo importante. Ahí seguía ella, apresada por una cámara en un instante... la vida le daría la oportunidad de encontrar su propio camino

después de difíciles senderos. Todo sería imaginado con esa instantánea, tras la mirada del imaginario.

Sonaba la orquesta con música cálida y tranquila, algunas parejas bailaban, otras conversaban de forma animada, era el ambiente conocido, el vivido en las noches de verano. Se acercó un joven quien también sabía que algún día volvería al continente, en algún momento, en algún instante sabía que dejaría todo lo conocido, todo lo que le iba empequeñeciendo para encontrar el aire que le costaba tomar cada día más. En otras ocasiones la hubiera invitado a bailar, tan solo se sentó a su lado y le pidió un cigarrillo para fumar con ella, le había traído una bebida fría. Ella se lo agradeció con una amplia sonrisa y unas sinceras gracias.

Y en ese otro instante, en otro tiempo posible, en esas vidas paralelas que todos tenemos, estaba ella mirando la vida sin ser consciente del segundo consumido, a través de esos ojos de color mar, que siempre se presentaban vivaces, inquietos, ávidos de conocer, saber, aprender, como si fuera a través de ellos que dominara el arte de la escena, la palabra que aprendería a acompañar con gestos de confianza, de pleno convencimiento en aquello que realizaría.

Y era África en el lugar donde se encontraba tras cerrar los ojos de color mar, esos que puede llegar a ser verdes o azules, siendo un descubrimiento el reflejarse en ellos. Y en aquel club perdido en la imaginación se encontraba África, siendo un sueño; en el que ella era una joven mujer que fumaba un cigarrillo, esperando algo inesperado que la rescatase de aquel mirar perdido, necesitaba encontrar el objetivo que en otro momento, congelaba una mirada, un gesto, una sonrisa atemporal, una vida en un instante preciso, vida que sería mostrada entre sonrisas, presentada entre miradas infinitas, como alados

dardos que se convierten en puentes... de ahí que las vidas fueran paralelas, de ahí que la mirada de los otros, de los expectantes invitados pudieran soñar con África, con ese sueño donde el tiempo solo fuera un bucle rizado siendo el instante eterno.

LA AMAZONA DEL BOSQUE

Cuenta la leyenda, que en el bosque solitario habitaba una amazona de coraje extremo, instruida en las artes de la batalla, en las tradicionales y en las que el alma se empeña en librar ella sola. De pelo negro, que de las ramas vencidas por el juego parecía tomar su fuerza, de cuerpo robusto, como si de la propia tierra tomara el alimento que los árboles custodiaban centenariamente; de mirada penetrante y cálida, como si de la noche tomara el filo, y de la luz el calor.

De ese bosque emergía su tesón, su constancia que acrecentaba en las batallas asumidas, en las ganadas y en las silenciadas cándidamente. De todas aprendía que aún había un paso más, un lugar más allá del horizonte que mostraba sus ojos, los que intuía al cerrarlos, el corazón que ardía sin encontrar sosiego. Su viaje había emprendido vagando por caminos, intentando encontrar la respuesta jamás formula, la respuesta que no existe, la acallada en las noches oscuras, en las noches sin soles ni lunas. Era una guerrera que podía adormecerse por el viento de los árboles, por la música del agua que cae liberando al olor de la propia tierra, liberando la magia de los viajeros eternos, la lluvia que nos hace menos humanos y más inmortales viajando en sueños, viajando en recuerdos.

Habitando años tras años, redescubriendo parajes insólitos, conquistando nuevos cielos donde mirarse, encontró unas aguas ausentes de mentiras, unas aguas puras de luciente azul cristalino, invitaban a la amazona a sentarse tan solo un instante, y contemplarse como si del mito de Narciso se tratase. Pero no siendo observada, halagada por su extrema belleza, sino tan

solo convocada por una voz que desconocía, una voz tierna y suave, dulce que redescubría.

Allí, sentada cerca del río permanecía, mirando y admirando, un rostro que no era el suyo, una mujer que no era ella. Deseaba saber si era de ella esa voz que contaba historias narradas, que imitaba la vida congelada...era la primera vez que no deseaba volver su torso para descubrir al adversario, la primera vez que detenía su paso para reposar el alma de guerrera, ese alma que había emergido en ella desde tiempos inmemorables. Y tan solo miraba, admiraba esa voz, ese rostro que llegaba a pensar que era suyo, que llegaba a creer que eran uno.

Nuestra guerrera temía girarse pero sabía que tenía que hacerlo, sabía que tenía que luchar posiblemente contra aquello que desconocía, aunque solo fuera por instinto, sería otra guerrera. La voz se hizo cuerpo, cuando intento tocar el reflejo en el agua. Situada detrás de ella, le susurro que no tenía armas, que se girase y que quería mirarla. Así lo hizo la amazona blandiendo su espada en la mano, defensiva y atacante como siempre había hecho, como siempre había aprendido desde que la eternidad existía. Yo no sé quien eres, ni sé que extraño conjuro ejerces, que de mi reflejo en el agua, tú emerges. Y la voz que se había echo cuerpo, sencillo y tranquilo; mostró sus manos para que se diera cuenta que no tenía más armas que la voz y la palabra, nada más que ella en el reflejo del agua. ¿Qué daño le podía hacer si solo era el reflejo de su ser? No me reconoces aún, tus armas puedes dejar, yo he ido creciendo en tu ser, callada y distante, mientras que encontraras tu verdad, tu fuerza y tranquilidad, soy parte de ti...tú me creas y me liberas con las aguas cristalinas, con la magia que ejerces en éste, tu bosque, en este universo que agrandas y proteges. Yo también soy parte de esa guerrera, que

alientas con la guerra, con los días negros, y los buenos, tan solo mis armas difieren de las tuyas, es la palabra que nos libera de lo que sentimos, pensamos, creemos, y soñamos, con ella vivimos, en los sueños, en los paisajes que recordamos, allí donde quieras estar, estaré con las palabras que aprendiste de mi, mientras reposada permanecías, ahí, dentro de ti estoy porque soy tú.

La guerrera desarmada, sentándose en la tierra que amaba, permaneció callada; mientras esa parte de ella se aproximaba. Era otro rostro, otra voz, tan semejante, tan diferente, que entendía que era cierto lo que le había contado. Se acercaba cada vez más hasta que la luz de la luna dibujo un solo cuerpo, una sola guerrera, más fuerte, más sabia, más reina de ese bosque, por el cual aún corre, viaja, vigila, siente, vive...siendo todo lo que tus ojos contemplan.

LLUEVE

Parecía extraño, una extraña casualidad que les acompañase cada vez que el destino les daba una tregua, cada vez que la vida era decididamente suya; ella les acompañaba como la eterna viajera. Resultaba divertido pasear por la ciudad. Como si de un niño pequeño se tratase, sorteando charcos, pisándolos ávidamente, limando las asperezas de las manos trabajadoras que se dibujaban como propias.

La lluvia era la cicerone perfecta, anfitriona de miradas que levanta caricias; de caricias que son rosas inesperadas, pétalos de labios rendidos a los ojos del otro. Les conducía a través de cristales mojados, de limpiaparabrisas de velocidades lentas, de gorros paseantes sin miradas, de paraguas compartidos, mano con mano, evitando las gotas de agua que son bendecidas por algunas sonrisas.

Encontrar, buscar, objetos que se perfilan como mágicos, como únicos, asignados como tales por propietarios compartidos, regalados, entregados, como presentes de mares privados. Objetos que fueron elegidos como los alentadores de las mañanas de ausencias.

Por aquellas ajenas calles, reconociéndose miraban, paseaban, admiraban, devoraban con los ojos las situaciones de los otros...ojalá se tuviera la llave del tiempo, para vivirlo todo en el instante preciso, dejando a tras esperas, segundos eternos, días sin sol.

Para todos terminan los días, como guerreros, nos devuelven las ilusiones a las despedidas en andenes compartidos, a gestos reconocidos, a las sonrisas que nos provocan el latido del miedo, de la ausencia, a los brazos

que nos reconfortan de ese propio miedo...diferentes nombres, diferentes personas, ciudades, tiempos, historias...pero solo unas pocas palabras salvan del abismo en la añoranza...las pronunciadas por la voz esperada, las expectantes vertidas cual redes, que salvan al alma, y secan lagrimas desconsoladas.

Viajeros que sueñan con el reencuentro antes de la partida, viajeros que son viajantes en el tiempo, rememorando cada instante de ese segundo que como las viajas películas se pasa una y otra vez, incorporando nuevos gestos, nuevas palabras, que llegaremos a creer como ciertas, tan solo por la necesidad de creer. Todos viajaremos un día en el tiempo, como hacen los deseos llegando más allá del horizonte, más allá del otro ser.

Paisajes deseantes de ser cotidianos, perfumes, y sabores que serán recordados, renombrados nada más que la ausencia sea asumida como tal, a la mañana siguiente, al instante siguiente a la partida en ese anden compartido. Lo grabarás en tu mente con la banda sonora, de canciones que sientes como tuyas, de historias de otros que semejas a la tuya...en ellas vivirás adormecido en la ausencia, mientras la lluvia no vuelva, mientras los paraguas no te den la oportunidad de sentir, de vivir de volver al agua como elemento eterno.

Y estarás en tierra, esperando la llegada del pasaje que nos convierta en viajantes...todo seremos viajeros...anónimas voces narradas en off; mientras la lluvia moja los cristales, las calles empedradas, las manos trabajadoras que alientan al corazón del niño perdido en capas de seguridad, en mañanas amargas de adulto que te alejan de la posibilidad...y la lluvia cae en tu mano, el tiempo se detiene...vuelves a pasear en su compañía, por esas calles ajenas, por esa ciudad que descubres con ella.

LA REINA DE LAS SIRENAS

Tal y como narran los dioses, la sirena nació del deseo, del encuentro de las palabras, de la esperanza en la mirada del otro, de la propia vida, que sin pedirlo te concede conocer la esencia de lo más bello de esta existencia. En aquella mañana, de sol radiante, en las aguas azuladas de los mares calmados, allí nació, sin conocer ella su propia identidad. Intuía, al crecer que debería realizar un viaje, quizá Ulises ya la estaba esperando, un Ulises bien diferente, esta vez, que apenas conocía a su sirena, y ya la escuchaba bailar en su corazón.

Llegando el día, convoco a sus amigas, que a su vez también desconocían que debía partir en ese viaje iniciático, finalizando así una etapa de aguas profundas y de silencios sonoros, de palabras distantes, y callados pensamientos. Debía marchar para llegar antes que Ulises a Ítaca, llegar a allá, antes de él, y así poder volver a su lado, salvando los mares alzados, acallando las tempestades de los dioses que no podían regalar lo más preciado sin esfuerzo alguno.

Convocando a Ulises en la distancia, a través de las cadencias silenciosas que sólo él podía escuchar, a través de versos narrados de noches pasadas, sabía ahora lo que necesitaba la Sirena: conocer aquello que él ya sabía, y que también le había contado en los sueños contados, que ella era la reina; la reina de las sirenas. Debía de comenzar el viaje, donde encontrase su identidad, su nueva forma humana que pasease como la diosa del tiempo por una playa desierta, que danzase al son de los versos del trovador enajenado, que sintiese fluir la sangre por sus venas, como la vida que condensamos, en esas palabras, que nos guardamos para leerlas en la mirada del otro.

Y así, en busca de esa nueva identidad humana que Ulises había soñado, comenzó su viaje hacia las aguas profundas, donde los silencios son eternos, donde el frío calmado, hiela el alma solitaria, desde el lugar sin tiempo, pasando valles, escalando montañas, con tiempo, sin reloj encorsetado, la sirena comenzaba su transformación, resurgiendo de las cenizas, siendo humana mujer al final. Allí apareció en la playa desierta que dibujaría para Ulises, en la puerta que estaría abierta, en el sol que previamente la había cegado, y tras días de viaje, sus ojos había acostumbrado a un nuevo mirar, contemplando a la rosa viva, a las palabras que ahora podía contemplar, a la naturaleza que plétórica cual ella se mostraba. A la mirada de Ulises, que había decidido esperar para salir con sus naves hacia esa isla, a la que ya no importaba llegar, sino aprender a mirar de la nueva imagen que la sirena le daba.

Y todo parecía igual y a la vez diferente, la playa de arena fina, las conchas, regalos de sus súbditas que se rendían a su sabiduría adquirida, esas conchas que otros recogen intentando así detener el tiempo, recordar otros lugares, que volverán a ser presentes. Y el agua de cristalinas transparencias que reflejan esos nuevos ojos, el viento que acaricia la nueva piel. Y ella era otra, siendo conocedora de ser la reina del mar y del cielo.

La reina de las sirenas era ella que en la distancia, con su voz preciosa, aterciopelada, susurraba el nombre exacto que entre ellas solo conocían. Era la reina de rasgos extremos, de belleza exultante, que a su mirar hacia encadenar a los elementos estrellados, a los elementos creados, a los hermosamente narrados. En sus palabras invitaba a viajar, entre los silencios, y los suspiros, entre los sueños y la realidad, la esperanza y la posibilidad, entre la certeza de lo nuevo, de lo logrado y lo conseguido. Y allí esta la reina de las

sirenas, a un gesto suyo las ninfas se conjuran en el fuego eterno, que alienta las vidas. Ahí, delante de ti, delante de mí, está la reina de las sirenas, más humana que nunca, siendo mujer viva que canta, narra, todo aquello que mira, ver, siente; todo aquello que la conmueve, reencontrando la mirada en la distancia que le devuelve la sonrisa que su boca dibuja, el reconocimiento que ella misma ofrece.

EL MURO

Sin darnos cuenta, elevamos muros de la vergüenza, defensivos, atacantes, muros contra la mentira, contra las palabras que no llegan a ser dardos voladores, bloque a bloque, día a día, tras los cafés en silencio compartidos, los alborotados solitarios, vamos construyendo sin ser conscientes los muros invisibles, como si de agua se trataran. Cortinas de humo que entreven los corazones partidos, los que laten luchando consigo mismo, los que luchan por ellos entre oscuras sin razones. ¿Quién había dicho que la vida es justa? Nadie! Acaso no elevamos nuestros muros invisibles como las cortinas de agua que se congelan, dejando entre ver las miradas de quienes se acercan, de los que hablan y no escuchan, de quienes, desean ser escuchados y no hablan.

Todos elevamos muros de temores, muros de inconciencias, intransigencias, de miserias ocultas, de vergüenza, dividiendo tierras, asilándonos de los otros semejantes que sus manos tendieron, como si con esas manos construyésemos un puente. Que inconscientes somos creyéndonos maestros arquitectos, que inocentes por pensar que derrumbamos para volver a construir.

¿Y si aprendiéramos a ser hombres?...sí, hombres sin corazas, hombres sin normas, sin fe aturdidas, sin odios, sin las gotas de agua calcáreas que nos delimita a cada movimiento que hacemos, que nos cuestiona la conveniencia o oportunidad del acto reflejo, que nos aliena de la voluntad más primitiva...que sería de nosotros sin el muro de las lamentaciones que nos acompaña, donde escribimos nuestras miserias, deseos, añoranzas con la esperanza que sean realizadas, aunque no seamos los mismos, aunque la vida nos mire con otra

cara, con otro cuerpo, pero con el mismo sentimiento de miedo, de odio, sea el otro el semejante, sea el otro el mismo que me mira al espejo.

Cierro los ojos y vienen a mi los miles de muros que los hombres construyen, los visibles y admirados, restos de civilizaciones evangelizadoras de lo que somos, los invisibles que nos apartan de la necesidad de coger, abrazar, devolver la voz y la palabra al que lucha consigo mismo, al que emprender el camino sin saber el final, aquel que sube, baja, llega y admira, la belleza de la vida reconstruida, de la vida que a sus manos es plena. De aquel que rompe con las suyas propias, el muro que se tejió cual tela de araña en su corazón, aquel que mira su ombligo para ser agua que florezca, de aquel que duerme esperando el beso que lo despierte; de todos, que somos canciones viajeras en los viajes de otros que nos han soñado, mientras creíamos que no éramos nada.

Y si todos rompiéramos el muro, si nos quitásemos las mascararas para reír, para llorar, para compartir lo que somos, sin esperar nada a cambio, sin esperar a ser recompensados por las acciones decididas fielmente, y ¿sí?...

Y si, Tú llegases donde estoy, esperándote en silencio. Si bajarás a la playa donde los cuerpos quedarán tendidos por el encuentro, donde las estrellas que fuimos en otras vidas, nos dejarán ser el agua que vida otorga...Y si el sol nos alumbrara en ese mismo instante, en ese eterno tiempo, para ser inmortales, sin muros... siendo hombres nacientes...siendo miradas encontradas, pasos firmes que se detienen a mirar la flor del camino, el deseo que palpita en el corazón del que mira en el espejo, la verdad del niño que escucha tus palabras, ya que desconoce otras... ¿Y si aprendiéramos a ser hombres, dioses mortales?. ¿Qué nos ofrecería entonces esta vida? ¿Qué misterios quedarían por desvelar, asumir o convocar?...tantos como dioses

mortales, como manos que estrechar, como sonrisas que perfilar, como verdades que escribir, tantos como seres que reconocer.

EL CAFÉ DEL BARRIO

Cerrados los ojos la imagen se dibuja, en el silencio de noches apagadas, de oscuridad rota con la sonrisa del hada que cada día te acompaña. En ese mundo que todos planificamos, en ese instante eterno en el que viajamos a los silencios, a los ruidos ajenos que acallan al corazón, al miedo de la ausencia, al desasosiego de la certeza; en ese instante el hada toma el café contigo.

La plaza está medio vacía de paseantes, de viajeros adormecidos, de turistas perdidos que encuentran aquel café de barrio, de calles desiertas y estrechas, que en el último recodo se ofrecen el mejor de los tesoros, la plaza que al descubrirla será el paisaje amorosamente grabado.

Las ilusiones se dibujan con el café ofrecido. Los mínimos gestos serán recordados, mientras dormimos todos amamos como figuras presentes, como estandartes que nos acogen en el más tierno de los abrazos, en el más deseante de los besos entregados.

En ese café de barrio, con una decoración trasnochada, de rojos apagados, de marrones coloniales, de salones troquelados, que otorgan rincones que a las miradas selectas, son salvadores de las indiscretas. Los niños desubicados corren sorteando los desayunos planificados, aquellos ofrecidos con el tiempo encorsetados, con el segundero aclamado desde la cocina del café, cuando llega la hora determinada: “sólo hasta las doce” afirmó la camarera de acento relajado, de ese acento que navega desde tierras más allá de los océanos infinitos, de los que en la noche vuelven con los suyos, a los que jamás hubieran empeñado por otra vida, por otros acentos más duros como sus días.

Las diferentes conversaciones que son como naves en el silencio, llegan a nuestra propia nave, todas cuentan y dicen de ilusiones narradas, de vidas admiradas, compartidas, analizadas, consumidas, de aquellas que ni siquiera aún se coordinan; de las deseadas, que son las amadas. De las troncaditas por horas, que se alargan más allá del tiempo y del espacio, más allá de océanos y mares seleccionados con las yemas de los dedos, más allá de la propia eternidad que nos elige como dioses sin tiempo.

Ahí delante de ti está tu hada devolviendo tu sonrisa, dibujando tu corazón con cada palabra que sale de su boca. De mirada cálida y misteriosa, con amorosos ojos cuyo color toma del café con leche que me espera. Siempre atenta, siempre observando: “café con leche, con dos de azúcar, cucharilla de izquierda a derecha”. Memorizamos cada gesto, cada mirada perdida, cada beso robado, caricia deseada que se ofrecen en rincones descubiertos, en los silencios de los demás que navegan en el mismo mar.

Será ese café donde los universos se confundan en diferentes citas, en próximas vidas. Será allí donde dejemos de ser humanos, cuando nos encontremos como dioses, con la eternidad a los pies, a las olas que nos conducen.

Y es la vida quien nos regala el recuerdo, la añoranza, la posibilidad de mirar y compartir esa risa, de recrear cada secuencia, cada segundo que esa película elegida, encontrada como el mejor de los tesoros.

Continúa con los ojos cerrados, admirando su cuerpo perfilado entre el lila del suéter y el azul del tejano, su rostro oculto detrás de su pelo negro, serenado por el descanso del sueño tranquilo entre los abrazos compartidos.

“su café” dice la camarera. Abres los ojos y ella ahí está delante de ti, sonriendo, sin tiempo que la aleje, tomando tu mano, acariciando tu corazón.

En ese café de barrio con mesas compartidas, con las asumidas, admitidas, soñadas en papeles troquelados con las ilusiones escritas...ahí estamos tú y yo; con las hadas que nos guían, que nos acompañan. Ellas son quienes nos ofrecen como rosas aterciopeladas, llenando nuestras manos, nuestras almas, una vida por vivir.

Cierra los ojos. Ha vuelto al lugar de partida, sin saber muy bien cuanto tiempo le llevo el camino, sin conocer muy bien los diferentes paisajes que ha ido reteniendo en sus silencios acallados en las largas noches de inviernos pasados. Mira la habitación que tantas veces había decorados con frases, con sonrisas, con miradas intuidas de virtuales distancias, con las miradas de los ojos que siempre alzan la sonrisa del alma.

Ahí estaba, sintiendo que el tiempo era el plástico que desechamos de los envoltorios, ese que molesta a los niños para obtener el deseo velado. El tiempo percibido, no marcado por las hojas que mensualmente arrancamos con más o menos añoranza. Eran tantas las imágenes que se le volvían a la cabeza en ese instante: la lluvia de los parabrisas, la espera en vagones de metro, el juego de las llaves que jamás perderás, la mirada de los ojos que siempre te acompañaran...eran los propios sueños que bailaban en aquella habitación, en ese instante; ahí estaba las posibilidades elegidas en otras vidas, las vividas gustosamente. Es el billete que la lluvia nos regala, para pasear a su lado un sábado por la mañana.

“El pasaje a otro instante que seria simultáneo, en otra ciudad en otra mirada en una habitación, que le llevara a pensar en la habitación que ahora contempla en silencio. Es tan extraño el tiempo, tan diferente según sea la persona que lo vive. Se preguntaba como era posible que un mismo tiempo para unos fuera solo un año, para otros miles de vidas...todo tiene su razón, todo tiene una causa y miles de consecuencias...porque nos empeñamos en justificar lo que tenemos...ojalá aprendiéramos a no justificar, a no pensar más allá de las cosas sucedidas, a vivir sin más. Ojalá no tuviéramos la razón que

siempre busca allá, donde debe ser el silencio quien impere...batallamos incansablemente para conquistar al silencio con la palabra...incautos. Mesuramos todo hasta el tiempo que es como el plástico irrompible...permanecerá dentro de nosotros...como una extraña combinación que nos despierte de un extraño letargo, de la vida casualmente trazada, fortuita de sucesos aleatorios, que nos distanciaron...palabras que conquistan el silencio, todo y nada es lo que somos a cada instante.”

365 días, un año para otros, 365 para otros, que se condensan en una gota de agua que baja por tu mejilla, en una rosa que adorna la mesa de la habitación, en la postal que se recibió en otra vida...365 vidas que consumiremos sin lujos, sin esperas; empezando cada vez en las mismas escaleras, en el mismo lugar, sorteando los valles, las altas montañas que sin saber escalamos cada instante...365 billetes de agua que corren tras el cristal de la ventana. Hoy cierra los ojos. Ha vuelto a su punto de partida. Llueve fuera, como ayer.

EL SILENCIO DEL CAFÉ

En cajas sin descubrirse, como si se escondieran de miedos ajenos, de las manos extrañas, de los miedos propios que no se desvelan, nada más, que aquellas miradas inocentes, que se acercan a uno sin pedir nada a cambio, dando, sin esperar nada cambio; tan solo que la aurora violácea regrese en la misma noche, alentando las soledades pasadas a que se marchen a otras galerías, a otros lugares que ahora no hay sitio para ellas. Ocupándolo todo amplias sonrisas, que describen en las oscuridades, los propios secretos desvelados sin utilizar palabras.

Sin darnos cuentas habitamos las estanterías, sin darnos cuentas dejamos que las elegidas compañías nos lean a través de los libros que nos alzan: ojeándonos, abriéndonos... nos escuchan con las palabras que por afinidades escogemos sin sentido establecido, son palabras que alguien en otro tiempo y en otras circunstancias tan diferentes a las nuestras, eligió conjugarlas para nosotros, aun sin saber que siendo para el mismo, también serían para nosotros.

Adormecidos por el tiempo, mientras encontrarán el lugar en el mundo (como hacemos los viajeros eternos); a través de noches oscuras, de días de luz extrema... ellos pasan el tiempo ajenos al cronometro encorsetado de los mortales que se creen dioses...esperando el estante donde enamorar a las miradas invitadas, donde seducir al alma renacida. Y serán esos regalos, los recuerdos de cada lectura que se alojaron en nuestra memoria, cuando, sin darnos cuenta nos descubramos como somos, sin conocernos, en lo que amamos, sin haberle dado nombre, nos despojamos de los atuendos que por batallas milenarias hemos ido construyendo la coraza que nos salvan de las

miradas silenciadas por el café. Desde la mesa, miro los libros colocados, que salen a la luz plena como si a la vida volvieran, expuestos a la mirada escogida, a la que llena los cuadros y pinturas que desde las paredes de la habitación me cuidan, a la mirada que adormece los desvelos en las noches de invierno, los temores en los sueños de verano. Habitamos los libros por las palabras que nos reconfortan el corazón, por las ilusiones que nos hicieron dibujar los sueños, por los que nos alzamos tras la mirada que se esconde más allá del horizonte del mar, más allá de los horizontes perfilados por la luna en los valles deseantes.

Somos los libros, los objetos que habitan nuestras estanterías del alma, de las casas que habitamos, decoramos, vivimos...somos las palabras que conjugamos en canciones de añoranzas extrañas, de las descubiertas en compañías intuitas, de los versos entregados como misivas...somos lo que dejamos ver a la mirada elegida mientras en trazos alzados el artista perfila captando el alma de los rasgos que nos igualan y que nos semejan... somos el silencio que dibuja el café de las mañanas, mientras la maquina de voces cuenta los sucesos de la noche, mientras en la calle, la ciudad despierta en su alma más mercantil, el sonido del agua caliente que nos despierta... somos ese silencio que compartimos en la distancia, en la compañía, en la intuición de los que nos acompañaran en venideros despertares.

Despertares que colonizamos con palabras que aprendemos, con imágenes que vemos, con miradas que se cobijan en la sonrisa plena del ser que miramos. Somos esa mirada que nos alza cada mañana, la tuya, la mía: la nuestra, semejante y diferente. Y ahí están ellos esperando que las manos los mezan en el duermevela, para hacer del silencio, un universo de palabras infinitas, de ese café, las risas más alegres de la calle que despierta.

La autora



Ángels Soriano Sánchez, nace el 15 de junio 1974 en Valencia, donde he residido desde entonces.

Es Licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Valencia. Profesora de secundaria y bachillerato ha colaborado como miembro del jurado en el concurso literario *La Rosa de Paper 2004*, convocado por La Florida, Centro de Formación Universitaria (Valencia).

**Publicaciones: selección de relatos en el portal Liceus.
www.liceus.es**